

002.0
T2553a
V.23
no. 5

El Héroe de la China

Metastasio

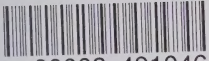
THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
LIBRARY



THE
BORRAS COLLECTION
FOR THE STUDY OF
SPANISH DRAMA

ACQUIRED THROUGH GIFT
FROM THE CLASS OF 1923

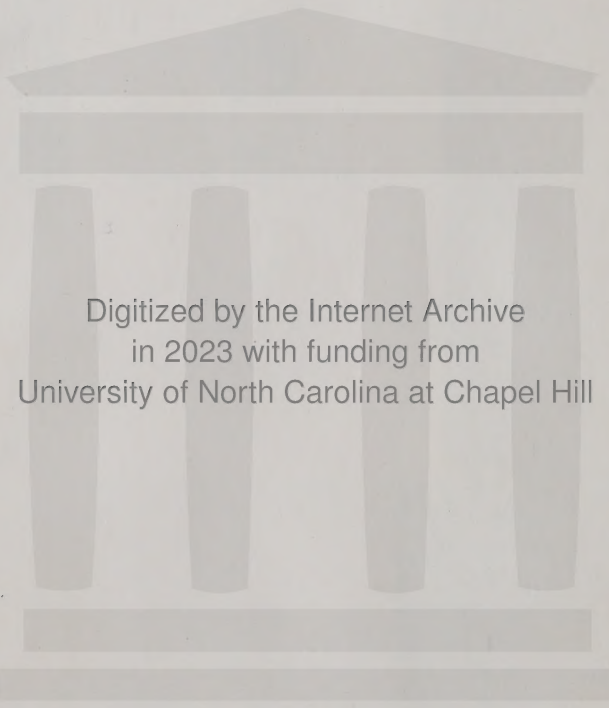
862.8
T2553a
v. 23
no. 5



a 00003 491046

**This book must not
be taken from the
Library building.**

--	--	--



Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

EL HEROE DE LA CHINA

EN TRES ACTOS:

PERSONAS.

ACTORES.

Leango, Regente del Imperio

Chino.....

Siveno, creido hijo de Leango....

Lisinga, Princesa Tártara prisionera

Ulanía, hermana de la misma....

Minteo, Mandarin Militar.....

Un Bonzo, ó Sacerdote de la China

Un soldado Tártaro.....

Un Soldado Chino.....

Comparsa de Chinos.

Señor Vicente García.

Señor Antonio Róbles.

Señora María Vazquez.

Señora Josefa Luna.

Señor Josef Huerta.

Señor Antonio Baca.

Señor Thomas Ramos.

Señor Agustin Roldan.



La Escena se representa en el Recinto de la residencia Imperial á las orillas del rio Ve-joo que riega la Ciudad de Sin-ga-na, Capital de ella la Provincia de Ken-si

Vestibulo, que dá paso á los principales aposentos del Palacio Imperial: aparecen Lisinga y Ulanía.

ACTO PRIMERO.

Ulan. Permite me, que extrañe, hermana mia,

que quando al fin el cielo compasivo

extiende sobre tí su sacra mano, llanto en los ojos y en la voz suspiros ofrezcas al recuerdo de tu dicha.

Amarías ingrata el suelo chino mas que la dulce patria, mas que un Padre;

que lexos de nosotras y vencido, busca la libertad, que no gozamos y qué espera lograr? De qual delirio opreso el corazon gime y solloza,

si el aviso esperamos de continuo de paz entre la China y Tártaria, y de qué somos libres?

Lising. Ese aviso, que tú deseas, y que yo detesto es la ocasion del triste llanto mio.

Ulan. Pues qué tan solo tú de los mortales

serás agena al sentimiento pio del santo amor de los paternolares?

Lising. Nó, Ulanía, Yo veria el cielo mismo,

baxo del qual nací, con dulce risa; yo besaría humilde el trono invicto de un Padre bienhechor y de un Monarca,

que soy su hija y Tártara he nacido.

Ulan. Pues bien, qué te detiene en estas playas

á pesar de tu gloria y tu alvedrio?

Lising. Ay hermana! yo amo,

A

Ula-

Ulan. Ama Lisinga!

y á quién amas?

Lising. Cercada de enemigos

y lexana del Padre y de la Pátria,
quizá tú culparás, que haya elegido
mi corazon amante. Pero, amiga
repruebe mi eleccion quien no haya
visto

al hijo de Leango, á mi Siveno.

Ulan. Yo respeto tambien y en él
admiro

la virtud y el valor que le acompaña:
pero ignoras quizá, que confundido
é entre los que obedecen, ne es tu
mano

á quien debe aspirar? que tú has
nacido

en el Tártaro solio, y solamente
quien ocupa otro solio es de tí digno?

Lising. Ay Ulania! lo sé. Sé que mi
mi suerte

me condenó al dolor: que endurecido
el ambicioso hombre nos señala
por victimas de un bárbaro capricho,
y que vendidas á la gloria agena
hacen de nuestro amor un sacrificio
al bien universal (tal fué por siem-
pre.

el pretexto cruel, que puso grillos
á nuestra libertad). Pero podias

ser insensible á llantos y suspiros,

á la virtud de mi adorado amante?

Nací en el trono, sí; mas yo
maldigo

un trono, que me alexa de Siveno.

Ulan. Pero cómo ha podido hallar ca-
mino.

para tu corazon, quien de tu Padre
el enemigo vencedor ha sido?

Lising. No ignoras tú la horrible
desventura

del Monarca Livanio repelido

con ultrage del Trono de su Pueblo;

ni que el Chino cruel y vengativo

arrancó aun la esperanza de que
un dia

le volviese á ocupar su postter hijo,

que pequeñuelo infante dió la vida

al pérfido puñal de un asesino.

Huyó el anciano Padre á nuestra
Patria

cargado de dolor, y circuido
de la imágen terrible y dolorosa
de su afrenta y su pena. En este
asilo

espirió de pesar. Timur, mi Padre,
despreciando unos Pueblos sin cau-
dillo,

y ambicioso quizá del Cetro ageno;
tremoló sus banderas al sonido

de la voz de conquista, que así
anima

al vagabundo Tártaro, enemigo
de la pobreza de su esteril suelo,

y un ejército inmenso entonó el
Himno

de la desolacion y de la muerte.

Nosotras con las Tropas le seguimos,
segun nuestras costumbres, y llega-
mos.

á las fronteras del Imperio Chino.

El prudente Leango, que aquel
tiempo

privado le regia, alzando el grito
de guerra y libertad, juntó las tro-
pas.

de su Nacion, y del amado mio
confió la defensa de sus Lares.

Ay! tú le vistes sin pavor tranquilo
blandiendo el sable al vagaroso

viento,

á vista del Soldado enardecido,
qual el Dios del combate. Tú le
vistes.

en busca del honor y del peligro
atropellar la muerte, rodeado

por todas partes de ella: dar auxilio
á todos, él, y prodigar su vida.

Tú le vistes en fin, quando vencido
nuestro ejército huía, y la victoria

enjugaba la frente de su amigo
mi vencedor amante, quán clemente

ofreció su perdón al fugitivo.

Tal fué por siempre el hombre ge-
neroso:

la gloria le conduce al enemigo,

le combate, le vence y le perdona,
y no ensangrienta el triunfador cu-
chillo

en la garganta del rendido pueblo.
Así le vimos pues, entre el bullicio
de las aclamaciones de victoria,
insensible al orgullo, enternecido
de nuestra desventura, y así, amiga,
nos condujo hasta aquí. Y en el re-
cinto

de este Imperial Palacio, qué no
ha hecho
por nuestro bien? Tú y yo somos
restigos

de su alma piadosa, y las virtudes
de un corazón modesto y compa-
sivo,

de un corazón humilde en la ven-
tura
de un corazón, que quiere y es
querido.

No imagines quizá, que débil tanto
yo le ofrecí mi amor, bastante al-
tivo

para gemir en el silencio: acaso
yo no veía en él, sino un caudillo
enemigo á mi patria. Pero, hermana,
él regó con su llanto enternecido
los pies de una muger, muger ven-
cida

y amante ya en secreto. Sus sus-
piros

y mi pasión, que hablaba en fa-
vor suyo,

ofreciéndome en él un héroe invicto
amante y humillado, le entregaron
un alma, que corría hácia sus gri-
llos.

En fin amé y me amaron; y pri-
mero

se juntarán el Cielo y el abismo,
que dexarle de amar, y ser cons-
tante

á quien me dió su amor, y á quien
dí el mio.

Ulan. No culparia yo que tú le amases,
si el respeto de un Padre :- mas qué
miro?

dos Tártaros se acercan.

Lising. Ay Ulania!

Ulan. Qué recelas?

Lising. Que acaso concluido

el tratado de paz entre la China
y mi Tártaro Padre, es ya preciso
alexarme por siempre de Siveno.

Ulan. Velos aquí que llegan.

*Sale un Soldado Tártaro con otro de
la misma Nación, que le acompaña.*

Sold. Yo bendigo

un momento, que tanto deseaba
la Tartaría. Por fin, me es conce-
dido

besar libres los pies de mi Princesa,
que la ventura China hizo cautivos;
y Conductor de nuevas placenteras
vengo á postrarme á ellos.

Lising. Y yo estimo
vuestra noble lealtad; pero decidme,
cómo queda mi Padre? qué os ha
dicho?

Sold. Vuestro Padre Timur bendice al
Cielo

por la paz que á sus Pueblos afli-
gidos benéfico concede. El os envia
en este pliego de su amor indicios,
y os ordena por mí, que á sus man-
datos

mostreís, qual siempre, un corazón
sumiso.

Lising. Del Rey mi Padre adoro los
preceptos,

y le obedeceré; partid tranquilos.
Quando debais volver á su presencia
os prometo advertir: andad, amigos.

Váanse los Tártaros.

Ay Dios!

Ulan. Lisinga, hermana, lee primero
lo que te escribe el Rey.

Lising. Ya lo imagino
demasiado, ay Ulania! Este es el
punto
que por siempre tenia: el clima
Chino

dexar debemos; en aqueste pliego
viene el cruel precepto, y yo te pido
me digas, si temia con justicia

las nuevas de la paz.

Ulan. Pero eso mismo te debía alegrar. Al fin acaba la dura esclavitud en que vivimos, verémos Padre y Patria, y heredera tú del Tártaro Solio, al afligido Pueblo te restituyes, y retornas á las grandezas y esplendor antigüo.

Lising. Todo es verdad; mas dexaré á Siveno.

Ulan. Pero bien sabes, que nació enemigo

y que nació vasallo.

Lising. Sé que amo, que lo merece, que el primero ha sido,

y último amor será; que si mi Padre

me separa cruel del amor mio, me mata sin saberlo.

Ulan. Oye, y aprende constancia de tu hermana: yo suspiro

por el jóven Minto; para siempre quizá me alexo del, sufro el martirio,

martirio que él ignora, y no me quejo.

Lising. Oh venturosa tú, cuyo tranquilo

corazon así ama! Aún si puideta á Siveno olvidar: Deseo indigno! oh! nunca sea, y me preserve el Cielo

de tan mísero estado! me horrorizo mucho mas de vivir sin adorarle, que de morir constante al amor mio.

Ulan. Pero lee primero, quizá:-

Lising. Quiéres arrancarme tambien el solo alivio que me queda en dudar? Mas ay! Siveno,

no me dexes, amiga, que oprimido el corazon fallece.

Sale Siveno... Dime, es cierto que te pierdo mi bien?

Lising. Ve aquí, querido *Alargando el pliego.*

Siveno, quien lo manda. Aunque hasta ahora

no me quise enterar de mi destino, lee, mi amor, y diga lo que quiera; que será ménos dura al pecho mio, saliendo de tus lábios, mi sentencia

Siv. „Hija, ya es todo paz; mis enemigos

ya dexaron de serlo, y es tu mano del público reposo el blanco signo.

El héredero del augusto Trono será tu esposo, y el Imperio Chino, si ántes esclava, te verá su Reyna, Leango no lo ignora, y el sigilo contigo romperá. Timur. “ Oh Cie- los!

Ulan. Pero cómo? :-

Lising. Quizá no has entendido, mi bien, la regia carta.

Siv. Ay! nó, tú misma puedes leerla.

Lising. Con temor la miro.

„El heredero del augusto Trono será tu esposo.“ Y dónde está? fin- gido

el destierro fué acaso, y la desgra- cia

del muerto Emperador? habla, bien mio.

Siv. Qué quieres que yo diga? á mis temores

solo falta un rival desconocido para llenar el vaso de amargura, que ante mis labios veo de continuo.

Lising. No fue Livanio del sagrado Solio

por la venganza de su Pueblo mismo con baldon arrojado?

Siv. Y quatro lustros están para cumplirse.

Lising. En el olvido de su destierro no acabó la vida?

Siv. Muy poco ántes de quedar cau- tivos

yo de tu amor, y tú de nuestras ar- mas.

Lising. Y del tronco real:-

Siv. Cruel cuchillo

lo segó en sus raíces, y el postrero de sus pimpollos, inocente niño, murió en su cuna.

Lising. Y bien, este heredero quién es?

Siv. Un Impostor.

Lising. Y tú, amor mio, qué harás en mi favor, y en favor tuyo, si es un Príncipe cierto y no mentido?

Siv. Qué he de hacer yo? morir.

Lising. Y abandonarme en las manos de un bárbaro destino que me conduce á un trono que aborrezco

sin mi caso Siveno? Y tú tranquilo me verias pasar en otros brazos, quando ni el tierno llanto, ni el suspiro

me fuera permitido en la presencia del rival de tu amor? Cielo benigno,

ah! no sea jamás, que rigoroso impongas á Lisingá tal castigo.

Siv. Pero bella Princesa, qué pudieras

hacer yo por salvarte, si tú mismo amor se opone á ello?

Lising. Tú me amas, y lo preguntas? Dime, qué se hizo aquel amor primero que mostrabas, quando echado á mis pies enterrecido

me jurabas, que solo de Lisinga era tu corazón? Yo te dí el mio; pero tú me engañabas.

Siv. Yo engañarte, quando aprecio la vida porque vivo para adorar tus ojos apacibles? Pero, Lisinga, yo sería indigno de la ventura que gocé algun tiempo,

si mi interés me hiciese el enemigo de tu dicha, y amante codicioso robase de tu mano el Cetro Chino, que yo no puedo darte. Nó, Princesa: mi corazón conoce el heroismo

de vencer su pasión, y de cederte á un rival mas feliz, sino mas digno.

Lising. Odiosa heroicidad, que me cubriera

de un eterno dolor! Mas yo confio que tu buen Padre (sabador acaso de que el Trono sin tí será un suplicio

para Lisinga, y que mi amor tan solo

es el consuelo de su caro hijo); quizá me dexará ser venturosa.

Siv. Ah! no lo espero. Observador estricto

de la áustera virtud no será injusto transgresor del contrato establecido por prenda de la paz entre dos Pueblos,

y en vano le hablarán á favor mio el amor y el respeto. Bien pudiera apropiarse un Imperio, que á su arbitrio

puso un Monarca ausente y desgraciado:

bien pudiera tambien haber cesado la blanca Sien con la Imperial diadema,

que un Pueblo que le adora agradecido

ante sus pies ponía, no quedando ni siquiera un renuevo del antiguo árbol que nos dió Reyes. Pero firme en su entera virtud despreció el brillo

de una efimera gloria.

Ulan. Y bien, ahora

qué pensaremos de él? Tú propio has dicho,

que quando huyó Livanio fue á sus ojos

hasta el último infante á hierro extinto:

luego este nuevo Príncipe que oculta no será un Impostor?

Lising. Pero mi amigo, el bien héchor Leango (y es posible!)

cómplice de un engaño ? ah ! yo deliro.

Corre , vuela á tu Padre , sabe , aclara ,

Sibeno , el tuyo y el recelo mio.

Sib. Sí , adorada Lisinga , ya obedezco :

y si el Cielo , en un tiempo compasivo , no olvidó la piedad , quizá que extiende

en mi favor su mano. El es testigo de mi inocente amor y mis promesas ; que yo adoraba en tí de sus divinos atributos quizá la mejor parte ; y en fin , el sabe , que tu labio mismo amor ó muerte pronunció al mirarte , y amor ó muerte es el destino mio.

Vase.

Lising. Con qué toda mi vida será , hermana , tan infeliz ?

Ulan. Ni gozarás tranquilo quizá un solo momento.

Lising. Por qué causa ?

Ulan. Por qué acibarás con el mal temido el bien que ahora gozas.

Lising. Qué yo gozo ?

Ulan. Sí : tú no partes , ves á tu querido Siveno al lado tuyo , el ignorado Príncipe no parece ; qué peligros puedes temer ? figúrate á lo ménos que el Príncipe es tu amante.

Lising. Qué delirios ! son estos tus consuelos ?

Ulan. No ha vacado este Solio ? no yace al fin marchito el régio árbol ? del sagaz Leango no es hijo tu Siveno ? y el invicto y virtuoso anciano no es la gloria y el amor de sus Pueblos ? pues si ha sido

Padre del Reyno , no podria acaso hacerse su Moarca ?

Lising. Si ha podido , por qué no lo hizo aun ? Como Privado

sostuvo el peso del Imperio Chino y el público reposo ; pero el Trono :

Ulan. Leango lo guardaba á un persuasivo

Monarca desterrado ; mas ya muert á quién lo ha de guardar ?

Lising. Ay ! que imagino , que demasiado por mi mal existe ese odioso heredero.

Ulan. Si has creído que no es una impostura , tu consuelo

sea juzgar que es digno de cariño.

Lising. Calla.

Ulan. Y un nuevo amor borre la idea :

Lising. Calla esa voz , que el corazon me ha herido.

Yo amor á otro ? ay ! aquel semblante me enseñó amante á prodigar suspiros ,

y si suspiro , siempre agradecida de amor por él será : el fuego activo , que ardió en mi pecho por la vez primera

tan solo adoraré , ni acaso extinto otro se encenderá de sus cenizas , que amo á Siveno , y por Siveno vivo. *Vase.*

Ulan. Minteo viene , voyme. O si supiera

quánto me cuesta este rigor !

Sale Minteó. . . Bien mio , bella Ulania , tú huyes ? ah ! si el rostro

del mísero Minteó aborrecido te cansa , ya te dexo : á Dios.

Ulan. Aguarda , (qué agrado ! qué modestia !) no te he dicho *aparte.* que no me vieses mas ?

Mint. Es cierto.

Ulan. Luego á qué vienes ?

Mint. En busca de mi amigo el valiente Siveno , á quien diversos Mandarines le buscan.

Ulan. Con qué es fixo , qué no vienes por mí ?

Mint.

Mint. No.

Ulan. Y tú te acuerdas
de la ley que te impuse?

Mint. No la olvido.

Ulan. Pues sigue en busca suya.

Mint. Ah! no tan presto
te despidas, cruel.

Ulan. Si ya no es mio
tu corazón, de qué te quejas? dime?

Mint. Qué no es tuyo! te ofrezco en
sacrificio

un alma, que te adora y no te ofen-
de:

así como adoramos sin delito
el Númer Saero y agradece el culto.

Ulan. Qué fino amor! *aparte.*

Mint. Pero si yo he podido
amándote ofenderte, á Dios te que-
da

por la postrera vez.

Ulan. Cielos!

Mint. Indigno

de estar ante tus ojos, de tí léjos
huiré desesperado: ni el suspiro,
ni el llanto turbará la paz serena
de tu bello semblante, y yo tran-
quilo

moriré, pues te aplace que yo muer-
ra.

Ulan. Mintéo, escucha. Acaso tú has
creído

á Ulania injusta; no, no te abor-
rece.

Admiro tu valor, también admiro
tu virtud, tu modestia; mas:-

Mint. Qué?

Ulan. El hado

puso, por mi desgracia, un infinito
espacio entre los dos. Tu nacimien-
to:-

Mint. Con que al fin te desplace?:-

Ulan. El vil destino,
que te hizo ver la luz en baxa cuna.

Mint. Luego si fuese yo de tí mas dig-
no?

Ulan. Ah! si fueses:- á Dios. Yo no
pretendo

averiguar secretos, que escondidos

tu corazón reserva; mas no quieras
saber tampoco los que guarda el mio.
Esta altivez es hija de mi sangre,
pero jamás sabrás lo que ha sufrido
un alma, que pospone á sus deberes
la grata inclinacion de su cariño.

vase.

Mint. Ah! sí, mi bien, te entiendo:
tú me amas.

aunque el labio calló lo que me dixo
el alma por tus ojos.

Sale Leango. . . . DÍ Mintéo,
á dónde está Siveno? no le has visto?
cómo estás tú sin él?

Ulan. Le voy buscando
por el Palacio, y verle no he podi-
do.

Leang. Escúchame: le amas?

Mint. Si le amo!

Le amo héroe, compañero, amigo,
protector en la Corte, y en las tro-
pas

mi defensor, mi guía y mi caudillo
por mi deber, mi amor y mi carácter.

Leang. Te acuerdas de quien fuiste?

Mint. Un desvalido
inocentillo infante abandonado
á un extranjero.

Leang. Bien, y ahora?

Mint. Vivo entre vivo lo pompa del ho-
nor y fausto,

y una gran parte del Imperio Chino
de mí depende, gracias á tu mano
benéfica y amiga.

Leang. Y al olvido
pudieras dar la gratitud que debes?

Mint. Pero, Señor, y cuál es mi delito
que este exámen merece? por qué
juzgas

á tu Mintéo ingrato? Ah! yo te pi-
do,

que me arrebates otra vez tus dones,
que derrames mi sangre, yo tran-
quilo

á todo callaré; pero tu duda
no puedo tolerar.

Leang. Ven, hijo mio,

Mintéo amado, tu virtud conozco

y la aprecio; quizá este dia mismo
la deberé probar.

Mint. Dime:

Leang. No es tiempo.

Mint. Hasta que no recibas un indicio
de mi fidelidad jamás ingrata,
no podré sosegar.

Leang. Busca á mi hijo,
que pronto le darás.

Mint. Ah! no lo dudes.

Tú eres mi Padre; el aura que res-
piro,

el honor, las virtudes, todo es tuyo,
si á tí no te soy fiel, á quién amigo
mi corazon sería? Si este fuese
capaz de ingratitud al compasivo,
al bienhechor Leango, á Cielos y
tierra

me ocultára por siempre en el abis-
mo.

Leang. En fin, ya llegó el dia, que
hasta ahora

tanto dolor, afañes y suspiros
costó á mi alma. El heredero oculto
mostraré ante su pueblo, y al vacío
Trono paterno guiará mi mano.

En fin, ya veo el puerto mas vecino
sin temer los escollos. Los Autores
del revelde atentado el tiempo ha
extinto

y dispó mi celo: són me fieles
los Xefes y las tropas, y escogido
un ejército Tártaro se apresta
para volar en el socorro mio.

Ah! ya es tiempo, ya es tiempo.

Y vos, supremas

Mentes reguladoras del destino
del mísero mortal, baxad propicias
de mi celo en favor. Me cuesta un
hijo:

vosotras lo sabeis. Ay! yo no implo-
ro

otro premio mayor de mi peligro,
de mi llanto, mi sangre y mis cui-
dados,

y muera yo despues, que harto he
vivido.

Mas qué tumulto?:-

Voces. . . Solo de Leango
esperamos la paz: viva el benigno
Padre del Pueblo.

*Salen Siveng, el Sacerdote y algunas
del Pueblo.*

Leang. Y dónde tan alegre
caminas, hijo mio?

Siv. A tus invictos
pies; ó Señor:-

Leang. Qué haces? alza. Y estos
qué buscan?

Siv. A su Rey.

Leang. Qué dices, hijo?

Siv. Al fin, el Cielo:

Leang. Alzad, ó no os escucho. *Se le-
vantán.*

Siv. Al fin, el Cielo coronó benigno
tus virtudes, Señor. De tantos Rey-
nos

conservados por tí, por tí regidos
y por tí victoriosos y felices
eres ya Emperador, sí Padre has
sido.

Leang. Cómo?

Siv. Señor, los Grandes, el Senado,
los Ministros del ara y los Caudillos
solicitan tu asenso. Así lo exige
la pública esperanza, y el peligro
del Trono ántes desierto, ahora tu
yo,

y por todos en fin lo pide un hijo.

Sacerd. Virtuoso Leango, el Trono
yermo,

por la falta de un Rey aborrecido
y muerto en el destierro, te convida
con este premio. El plácido rocío
sobre la ardiente arena del desierto
no le será mas grato al Peregrino,
que mirarte en su Trono al dócil
Pueblo,

que adora en tí su Padre, en tí su
amigo,

en tí su bienhechor, rumor confuso,
que anuncia un heredero, preveni-
do

su voz en tu favor. Bien deseára
de la raza Imperial gozar tranquilo
algun infante sobre el Chino solio:

pero

pero él sabe , señor , que han pere-
cido

á manos de verdugos sanguinarios;
sabe tambien , que vengador cuchil-
lo

cortó á raíz sus dulces esperanzas.
Y temiendo que un Príncipe fingido

no repita aquel día de dolores,
aquel día fatal , que dió principio

á la desolacion y la venganza;
á tí por su Monarca te ha elegido.
Y yo , Ministro del sagrado Tem-
plo,

Sacerdote de paz y del divino
Legislador *Confucio*, en nombre su-
yo

nuestra felicidad y paz te pido.

Sib. Ah! sí , Señor. Escucha grato un
Pueblo,

que te aclama su Rey , dándote in-
dicios

de eterno amor. Será que sin conse-
jo

tus beneficios echas en olvido,
y que quando humillado te suplica
le niegues el mayor ? Tan poco un

hijo,
tan poco puede la afligida Patria ?

Oye , Señor , escucha el regocijo
con que te llama Padre , con que
invoca

tu amparo , y se prepara al sacri-
ficio,

que debe preceder tantas venturas.

Sacerd. Vamos , Señor , que aguarda
en el recinto

del regio Templo el numeroso pueblo
ansioso de besar tus pies invictos.

Leang. Tú quisieras , Fortuna , la
victoria *ap.*

de mi fidelidad ; pero los brillos
de tu insidioso don no me deslumbran,

ni me guiará un cetro hácia el delito.

Sib. Qué piensas ?

Leang. Qué preguntas ? Sabes cuánto
pesa el diadema de que va ceñido
el virtuoso Rey ? cuánto es difícil
dar exemplos y leyes ? dar castigos

é inspirar el amor ? ser Juez , ser
Padre,

ciudadano y guerrero á un tiempo
mismo ?

Sabes cuántos contrarios cautelosos
rodean su virtud ? qué circuido

en delicia y placer se entrega al ocio,
ó á la crueldad le guía el impres-
crito

poder que le confian ? sabes qu ánto
seduce , cuánto engaña el atractivo

de la lisonja , que en virtud trans-
forma

las culpas de los Reyes y delitos ?

Sib. Lo sé ; tú me explicaste los esco-
llos

de tan inmenso mar.

Leang. Y si vacilo
te causa admiracion ?

Sib. Quando es experto
el piloto , Señor:-

Sacerd. Y qué peligro
puedes tú recelar ? Quién supo sabio

la carga sostener de estos dominios,
Privado solamente , no podria

con nombre de Monarca ? Yo te in-
timo

de parte de la ley , que tú te debes
al Pueblo en que naciste , al Pueblo

mismo
que defiende tus Lares , y á quien

une
lazo de estrecha sociedad contigo.

Hombres y Cielo te señalan todos
por nuestro Emperador , y tú remiso

no te quieras hacer reo á la patria,
negándole inclemente los auxilios;

que á tu mano benéfica le pide
contra algun ambicioso.

Leang. Yo confio,
que no turbe la espada usurpadora

la paz de que gozais. Partid , amigos ;
convocad al Senado á quien espero

declarar mi intencion. Y tú , hijo
mio.

sigueme al Templo , donde al Nú-
men santo

invoques favorable á mis designios.

Vase acompañado del Sacerdote y Pueblo.

Siv. Ya te sigo, Señor. En fin, fortuna, yo tan léjos del Solio, yo creído desdichado por siempre sin la mano de mi bella Lisinga, que enemigo un rival mas felice me quitaba; ya el heredero del Imperio Chino solo espero ventúras, triunfos, glorias,

que tan solo apetezco, solo estimo por poder presentarme ante los ojos de mi amable cautiva de ella digno. Y yo pierdo un momento tan precioso

en vanas reflexiones? Cielo, amigo, dónde estará Lisinga? Mas Leango hácia el Templo camina, y es preciso

acompañarle en él. *va á irse, y sale Lisinga.* Siveno, escucha.

Siv. Ay esperanza mia!

Lising. Dí, ha mentido mi deseo. ú es cierto que tu Padre:-

Siv. Sí, todo es cierto.

Lising. Luego el prometido

Príncipe de la China es mi Siveno?

Siv. A Dios, Lisinga, en breve á tus divinos

ojos, no mas amante, mas dichoso tornaré. A Dios.

Lising. Mas oye. Este improviso rayo de tu ventura como:-

Siv. Sabe:-

ah! no puedo, que aguarda el Padre mio. *vase.*

Lising. Y no sueño? y es cierto? si mi amante

ve aquí dueño del Asia, y el temido arcano manifesto. Qué venturas me anuncia el corazon con mil latidos!

y qué delicias llenarán mis dias al lado de un esposo! no el suspiro, no el llanto de la pena dolorosa empañará sus ojos ni los míos; el llanto del placer bañará solo á Lisinga y Siveno. Ya le miro,

rodeado de un Pueblo que le adora, derramar generoso beneficio, y oigo su augusto nombre resonando

en boca del mortal agr. d. cido.

Ya le miro en el Solio sacrosanto de la Justicia, y premios y castigos

pesar en su balanza. Ya guerrero le miro combatir al enemigo:-

Ay! Pero la victoria le conduce, y toma vencedor; jamás vencido. En fin le miro deponer humilde el lauro del combate, y desceñido sacrificar á mis amantes ojos sus glorias y su amor en el asilo de inhausto placer:- Amable suelo donde aprendí el amor! con qué tranquilo

amará ya mi pecho sin el miedo de abandonarte mas? con que contigo,

caro Siveno, viviré por siempre, y por siempre amaré? Ay! el delirio

de la felicidad turba mi alma:- Agitada :- confusa :- un sudor frio y un ardor inmortal corre en mis venas.

Ah! que tanta ventura es ya martirio

para un alma, que ama, y es amada. Ay! afectos, que entorno al pecho mio

volais arrebatados! basta, basta, no me apreteis, que de placer espiro.

ACTO SEGUNDO.

Miradores, desde donde se descubre una gran parte de la Ciudad, y el atrio Sale Minto.

Siv. Déxame: caro amigo; mi martirio

no sufre compañía ni consuelo

Mint. Mas no tan presto pierdas la esperanza.

Siv. Qué he de esperar? no rehusó el Imperio

Leango? el heredero no pretende hoy mismo publicar? pues qué consuelo

habrá para mi pena?

Mint. Tu constancia.

Siv. Y qué constancia habrá contra el acervo

dolor que me rodea? Ya invocaba por todas partes el alegre acento, el nombre de Leango; ya en el ara ardía fausto el sacrosanto fuego en la presencia del antiguo anciano, Legislador de Reyes y de Pueblos el divino Confucio, quando entramos.

mi padre y yo por el augusto Templo.

Yo seguía sus huellas, como el hombre

á quien conduce amor por el sendero

de su felicidad, á quien promete un trono en recompensa de su zelo, y (lo que es mas) la mano de Lisinga.

Así lleno de ardor, cada momento que tardaba mi padre en ser Monarca,

me parecía, amigo, un robo inmenso

sobre la dicha mia. En fin, devoto el Sacerdote, derramó el incienso sobre la llama, é invocó propicio el numen siempre justo; y extendiendo

la mano en que pendía el diadema, se la ofreció á mi padre. »Yo la acepto

(le respondió tranquilo); pero vuelva

sobre el altar. Legislador supremo, anciano virtuoso, que ya moras al lado de tu Dios, á ti la entrego, á tí, oh custodia de las santas leyes! te doy en guarda el trono del Imperio.

Tú sabes que hay un Príncipe. Sí, amigos,

(dixo, volviendo al Pueblo) un heredero

tiene la China, y pronto á los pies suyos

bendecireis el numen justiciero.»

Yo al oír á mi padre, qual herido del rayo, confundido y sin aliento me olvidé por un tiempo que existía; pero salí del templo, maldiciendo una ventura, que cruel huía qual las fugaces sombras en el sueño.

Mint. Pero, Siveno, no te humilles tanto:

muéstrate digno del Imperial cetro, quando lo pierdes.

Siv. Crees que yo lloro

la pérdida de un trono? merecerlo, no conseguirlo ha sido el voto mio.

Piérdase; la virtud no hará un esfuerzo

para sufrir su pérdida, no, amigo. Mas tú, que sabes lo que oculta el

pecho,

que ves arrebatarme con el trono al dueño mio y que lo sufre el cielo?

¿quieres verme tranquilo en dolor, tanto?

Mint. Digno eres de piedad, yo lo confieso;

pero....

Siv. A Dios.

Mint. Dónde vas?

Siv. Voy á alexarme

de este palacio. Amigo, yo no puedo esperar aquí paz: de mi pasada

felicidad el doloroso aspecto vería en todas partes. Pensaría

allí, en sus dulces ojos alhagüenos; aquí, como admitió mi amor piadosa,

en esta parte, el amoroso ceño; en aquella las quejas, las finezas,

nuevas prendas de amor. Cada momento

pensaría las veces que me dixo, que moriría envuelta en llanto

eterno;

antes que abandonar el amor mio...
Y la vería yo pasar al lecho
de un felice rival! Déxame, amigo:

Mint. Mas dónde vas?

Siv. A dónde? me voy léjos
de este suelo fatal: dexa que huya,
que ántes lo amaba, ahora lo abor-
rezco.

Mint. Pero piensas, huyendo de los
hombres,

encontrar en los áridos desiertos

alivio á tu pesar? no, amigo mio.

Cercado en todas partes por objetos

de amarga soledad y silenciosa,

la imágen del dolor irá en aumento

en una fantasía á quien ocupa

la memoria del mal y desconsuelo.

Aquí donde la dicha se aparece

baxo semblantes mil siempre diversos,

te hará quizá muy ménos infelice

la dulce imágen de un felice pueblo.

Siv. Ah, que la desventura á todas
partes

va en pos del infeliz! ¿Y qué consue-
lo

tuviera yo, que no le acibarásse

el mirar á mi bien con otro dueño,

un bien, que solo es mio, entre los
brazos

de un mortal mas feliz? Ah! que no
puedo

resistir una idea tan horrible.

No, yo debo buscar, caro Minto,

la odiosa compañía de las fieras,

y renunciar al bien que aquí no en-
cuentro.

Mint. Detente: Ulania viene ácia este
sitio;

quizá en tu mal te ofrecerá consejo,

Sale Ulania.

Siv. Ah Princesa! conoces otro alguno
mas infeliz en todo el universo?

Mas donde está Lisinga? sabe acaso
mi desgracia? qué dice?

Ulan. Al sentimiento
insensible quedó.

Siv. Desventurado!

Huyó mi dicha como niebla al viento

huyó, y huyó por siempre. Aquella
mano

y el corazon que prometió á Siveno
amor, será de otro?

Ulan. No lo creas.

Siv. Cómo?

Ulan. Porque aun á costa de un Im-
perio

te será fiel. Te ama, tus virtudes

son el solio á que anhela, y yo pe-
netro

su corazon.

Siv. Mas no penetra el mio.

Sufrir yo que se mezcle al servil
Pueblo

la que nació en el trono? un bien
tan grande

á mi patria robar? qu' tar al cetro

su gloria y su ventura? ah! no lo
creas,

ni me juzgué jamas á tal extremo

amante vil, ú Ciudadano indigno.

Ulan. Pues le queda á tu mal otro re-
medio?

Siv. Huir.

Mint. Dónde?

Ulan. Y á qué?

Siv. Donde no haya

alivio á mi dolor y á mi tormento:

á llorar y á morir.

Mint. Pues qué á Lisinga
así abandonas?

Ulan. Oyela primero.

Mint. O la verás al ménos.

Siv. Hay amigos!

qué me decis? Al ver su sentimiento,

el corazon la pena aumentaria,

y en el último, á Dios, quedará
muerto.

Mas vosotros decidla quanto sufro,

que la amaré por siempre, que va
impreso

su retrato en mi alma, que... no
amigos,

ah! no, callad, que es débil aquel
pecho

contra dolor tan grande, y no se
agrave

su desventura y su pesar. Yo quiero morir; pero Lisinga, viva, viva y muera solo el misero Siveno.

Vase.

Mint. Si tu rostro es, Ulania, copia bella

del bello corazon, duelete al ménos del infeliz amigo: ve á Lisinga

y á Leango á informar, parte al momento.

¿Quién sabe á qué pudiera conducirle

de dolor que padece?

Ulan. Y tú en el riesgo, por qué así le abandonas?

Mint. No es posible, que yo le siga porque ansioso vuelo á sosegar un popular tumulto.

Ulan. Y quién lo muevé?

Mint. Ignoro al mismo tiempo la ocasion y el autor.

Ulan. Mas por qué expones al peligro tu vida?

Mint. Así obedezco al venerable Alsingó.

Ulan. Quién es ese?

Mint. Quien niffo abandonado en tierra y Cielo

me encontró, me acogió, limpio mi llanto,

y qual hijo educó. No me dió, es cierto,

mas conservó mi vida, y esta sangre por él derramaré, pues á él la debo.

Ulan. ¿Y si acaso tu vida interesára algun corazon noble que en silencio te amase?

Mint. No presumo, bella Ulania, tanto de mi ventura, ni merezco ser amado quizá?

Ulan. Pero en fin, dime, romperias acaso los preceptos de quien te detuviera carifosa, y apartarse tu vida de algun riesgo, que haria el riesgo suyo?

Mint. Y tú lo dudas?

Yo daria mi sangre al duro acero, si su peligro, ó el precepto suyo

lo exigiesen de mí; pero, primero sería virtuoso, que no amante.

Esta luz que disfruto á quien la debo? Ni quien guió mi planta en tierna infancia

por la senda del bien, sino el consejo

del bienhechor Alsingo? quién me puso

en el camino del honor supremo, trayendome á palacio, y adestrando mis manos al guerrero vencimiento?

En fin, quien conservó la vida mia para ofrecerla ante los ojos bellos de la divina Ulania, siño Alsingo?

Yo lo repito: si el primer aliento de Minteo es de Alsingo, que él disponga

del último suspiro de Minteo.

Ulan. Qué generoso y grato!

Mint. En paz te queda.

Ulan. Oye.

Mint. Qué mandas?

Ulan. Es verdad que puedo hacerme obedecer?

Mint. Pruévelo.

Ulan. Fio

en tí mismo de tí. Sabe, Minteo, que debes responderme de tí propio, y no arriesgar con temerario esfuerzo una vida tan bella.

Mint. Dueño mio!

y es verdad? tú me amas?

Ulan. Yo! qué acento he dicho yo de amor?

Mint. En tus temores, en tu cuidado, en ese tierno afecto y modesto rubor lo he conocido.

Ulan. Ah Minteo! y qué sirve el conocerlo?

Mint. De qué me sirve? de llenar mis dias

de mil venturas; de inocente premio á mi amorosa llama, que no anhela mas galardón, que ver tus ojos bellos y la dulce esperanza de que un dia seré quizá de tu carifio objeto.

Vase.

Ula.

Ulan. Ah! no aguardes el dia que me anuncias,

que ya triunfó el amor de mi secreto, y la debil Ulania su recato depuso en fin. ¿Pero podia menos de adorar la virtud? Sí, yo debia ocultarte mi amor. ¿Y cuál ingenio pudo encontrar el arte de ocultarle, ó de esconder la llama del incendio?

Sale Lising. Hermana, y me abandonas? nunca tuve

mayor necesidad de tus consuelos, amiga, y tu favor. Ah! no me amas, pues me olvidas así quando mas peno.

Ulan. Mas que tú piensas tu dolor me aflige.

Lising. Pues bien, asisteme, que no me encuentro yo capaz de consejo. En solo un punto

temo, deséa, dudo, me arrepiento, y sumergida en mil y mil delirios me confundo, me canso y no resuelvo.

Ulan. Y ¿qué has de resolver? Timur tu padre sabes que te destina al heredero del cetro de la China, y que tu amante está léjos del trono.

Lising. Harto lo veo, ¿por qué me lo repites? te complaces en aumentar mi amargo sentimiento?

Sí, lo sé; pero dexa al amor mio que se finxa delirios lisongeros; que sino ¿qué me queda, qué me queda, perdida la esperanza?

Ulan. Pues de nuevo torna á creer, que es Príncipe tu amante.

Lising. ¡Ay Ulania! tampoco es un remedio

el delirio á mi mal. ¡Triste Lisinga! Quando me preparaba á un himeneo,

que iba á hacer las delicias de mi vida;

quando embebida en dulces devaneos

me juzgaba dichosa, un solo golpe el árbol de mi paz abate al suelo, y arranca la raiz de mis placeres.

¿Sabes, amiga, quanto es el tormento

del infeliz, que un dia fué dichoso? Dolorosa virtud, yo te detexto yo detexto á Leango, que ha podido ser insensible á un solio, y á Siveno me arrebató cruel.

Ulan. Princesa, hermana, modera tu dolor, vuelve en tu acuerpo

y no culpes injusta al que obedece. Tú eres el signo de la paz de un pueblo,

y el Tártaro Monarca así lo manda.

Lising. Pues ve aquí mi dolor y desconsuelo,

si un padre que me ama me condena al sinsabor de un yugo que aborrezco.

Ulan. Pero así afirma la amistad dudosa

del Tártaro y el Chino y conociendo, que el lazo de un tratado es harto débil,

pretende que la sangre lo haga eterno.

Lising. ¡Y yo seré la víctima mezquina, que debe hacer constante y duradero con su infelicidad este contrato!

¡y yo nacida sobre el solio regio no gozaré la libertad que goza aun el mortal mas vil del universo!

¡Oh vosotros mil veces venturosos, vosotros que tranquilos en el seno de dulce obscuridad podeis ser fieles á quien amor os dicta, sin que el miedo

de aborrecidas leyes os perturben! ¡ay, cómo envidio el placido sosiego de vuestro corazon! ¡ay, cómo envidio

lo que gozais y yo gozar no puedo!

Ulan.

Ulan. Hermana, yo confieso que tu suerte es digna de mi llanto, y yo le vierto sobre tu desventura; pero acaso no habria un medio....

Lising. Calla que no hay medio: que le ha cerrado el paso á mi fortuna, cómplice con mi mal el duro Cielo.

Ulan. Escuchá. Yo escribiera al padre mio, descubriendo mi amor: él ama tierno á su obediente hija, y no es posible, que quiera hacer odiosos y funestos los dias de su vida.

Lising. Es cierto, amiga: corre á llamar veloz el mensagero de Timur, entretanto que yo escribo.

Ulan. Voy.

Lis. Espera. Primero que á este puerto retorne el mensagero: ¿quién, hermana, me querra dar favor? Leango mesmo me obligará á cumplir....

Ulan. Parte en su busca, y que por tí difiera el himeneo.

Lising. Vamos.... ¿Pero qué causa he de fingirle?

¿Descubrirle mi amor? ¡ah! que no puedo dar este duro paso. Si yo hallase una razon..... ¿Mas dónde está Siveno?

¿por qué yo no le veo?

Ulan. No se atreve á presentarse á tí.

Lising. Pero tú al ménos le viste?

Ulan. Sí.

Lising. ¿Qué dixo? ¿qué medita?

Ulan. Medita su partida.

Lising. ¡Santo Cielo!

¿y por qué?

Ulan. Porque teme al dolor suyo y teme á tu dolor que juzga inmenso.

Lising. ¿Y partióya? *Ulan.* No sé.

Lising. ¿Qué no lo sabes?

¿Y esto, (guardias.); ¡cruel hermana! y esto, *Sal. 2. guard.*

pérfida me callabas? Guardias, oia, a Siveno buscad, no perdais tiempo, alcanzadlo, traedle. *V. los guard.*

Ulan. Pero trata de moderar tu pena.

Lising. ¡Ay! huye léjos, huye de mí, muger.

Ulan. Amiga, hermana....

Lising. ¡Tú mi amiga! ¡mi hermana! ¡cruel pecho, ¡ha! no profanes tan sagrados nombres;

mi enemiga eres tú: ni en ese fiero corazon derramó naturaleza de amor y humanidad algun afecto.

Ulan. ¿Pero no escucharás...

Lising. Con que inhumaua, ¿quándo yo amante procuraba medios

de hacer menor mi mal, tu doble alma

se burlaba traidora y en secreto de todo mi dolor? ¡Con qué apariencia

de sincera amistad, de amor frateruo me consolaba y mi Siveno amado huia en tanto de la patria léjos y léjos de Lisinga! Ay! si las guardias

le podrán encontrar? guardias, Cielos, guardias donde esté.

Ulan. Quiza muy pronto...

Lising. ¡Ah pérfida muger! que tú me has muerto.

Ulan. ¿Pero qué pude hacer?

Lising. ¿Qué me preguntas? detenerle, avisarme.

Ulan. Mas que el viento huyó veloz de mí, sin que pudiera contenerle tu amor, ni yo y Minto.

Lising. Calla que me aborreces, enemiga,

y cruel ries de mi llanto eterno.

Ulan. Me culpas sin razon. En pena tanta

como tú me confunde. y no soy reo, sino lo eres. ¡Yo cruel! me olvida

por

por ella de mi propia, y vituperios son la merced que obtengo? A Dios. ingrata.

Lising. Ah! no, perdona, Ulania, el sentimiento

me hacia delirar. Hermana, amiga, asisteme, procura que Siveno no se aleje de mí: ve, compadece mis lágrimas y amor.

Ulan. Iré; mas quiero, que note abatas ni envilezcas tanto.

Vase.

Lising. Ve á buscar á Siveno, y yo lo ofrezco.

Ay! si yo le perdiera, ¿qué sería de mí desventurada y sin consuelo?

Sal. Leang. Al fin, Princesa, se llegó aquel dia

en que te ofrezca el labio los respetos, que el alma te ofreció. Mi soberana, hoy de la China el astró placentero brillarás en el trono, y conducida al tálamo real...

Lising. Oye primero.

Si ha de vivir ó preso entre cadenas mi corazón, elijase los hierros

el infelice; que si amor injusto cruel le arrebatase este derecho,

¿qué le quedaba, sino pena y llanto? En fin, si á tu virtud concedió el

Cielo

disponer de un Imperio, el alma mia no sufre la opresion: á mi deseo

he dispuesto ya de ella. A Dios, *Leango:*

busca otro astro para el Chino Imperio. *Vase.*

Leang. Quiero engañarla: mas no, antes

que los tártaros lleguen, mi secreto no es justo aventurar.

Sale un Soldado Tártaro con un pliego.

Sold. Señor, las tropas de Tartaria han llegado, y este pliego

sus caudillos te envían.

Leang. ¿Dónde quedan?

Sold. Al pie de las murallas.

Leang. ¿Pero el pueblo no muestra alteracion al ver que pisá un ejército Tártaro este suelo?

Sold. Todo respira paz: quiza discurre, que llega á la Ciudad con el intento de celebrar la pompa de este dia, de este dia feliz en que dos Reynos esperan reunirse con los lazos de una eterna amistad y el himeneo de su bella Princesa.

Leang. Andad, amigo, y decid á los Tártaros guerreros, que presto servirán á mis designios sus valientes espadas.

Sold. El deseo que nos hizo elegir en favor tuyo no será infructuoso. *Vase.*

Leang. A mi Siveno es preciso buscar. ¡Quánta alegría será la suya, si al augusto cetro va unida su Lisinga! Mas leamos lo que dice Timur. *lee.*

Salé Siven. Cielos! ya vuelvo obediente al precepto de Lisinga. Ay! que aun antes de verla, sudo, tiemblo:

no...¿mas puedo faltar á lo que manda?

Leang. En fin astros benignos, llegué al puerto, llegó el socorro Tártaro.

Siveno. Lisinga lo quiere y es preciso: mas ¿qué veo? mi padre, huyamos, no penetre acaso mi turbacion.

Leang. Escuchame Siveno. (El Cielo me le envía.)

Siveno. ¿Y qué disculpa... *Ap.*

Leang. Señor. *se arroja.*

Siveno. Padre, qué haces? *le alza.*

Leang. No merezco ese nombre.

Siveno. Por qué? tú lloras! dime, ¿qué lágrimas son esas que en tí observo?

mísero yo! quiza de aqueese llanto que tus mexillas baña un hijoes reo.

Leang.

Leang. No tengo hijo.

Siven. Ah Señor! perdona,
perdoname mil veces: ya comprendo
que no apruebas mi amor, ni que
atrevido

adorase á Lisinga. Es cierto, es
cierto;

la culpa es grande; ¿pero habrá
quien pueda
verla y no amarla?

Leang. Es justo, y yo te apruebo
el amor á tu esposa.

Siven. Mi delito,
¡ay padre! no merece los tormentos
de una burla cruel, quando su mano
de un Príncipe ignorado será pre-
mio.

Leang. Y tú eres ése. *Siven.* Quién?

Leang. El regio niño,
que arrebaté á la muerte en el san-
griento

estrago de los suyos. Hasta ahora
regí por tí las riendas del Imperio,
suspirando aquel día en que tran-
quilo.

te devolviese el trono de tu pueblo;
y pues que ya llegó, venga la
muerte.

Siven. Sera verdad ó acaso devaneo.

Yo...¿tú me engañas?

Leang. Nó: tú eres *Svenvango*,
último hijo de *Livano*.

Siven. Cielos! ¿Y el trono. *Leang.* Tuyo.

Siven. ¿Y mi Lisinga... *Leang.* Tuya.

Siven. ¡Oh venturoso yo! Lisinga...
¿sueño?

ah! yo quiero que sepa...

Leang. Y dónde corres?

Siven. A verla.

Leang. Si me amas, yo te ruego,
que ninguno te vea en un estado
tan ageno de tí: vuelve en tu acuerdo
y considera..

Siven. Ay Dios! Lisinga llora.

Leang. Yo voy á consolarla. Tú en el
templo,

miéntras los Sacerdotes y el Senado
se juntan por mi órden, con secreto

aguarda solitario, y entre tanto
ve preparando el alma al nuevo peso.
Medita quantos pueblos en tí es-
peran

su padre ó su tirano; á quantos
Reynos

ora infelices, ora venturosos
podrás hacer; que todo el universo
sera tu juez; que la virtud ó el vicio,
sobre el trono admirados, son exem-
plos

que imita siempre el hombre; "que
á los Reyes

les concedió el destino los Imperios
en custodia, no en don:., que de sus
obras

pide razon sobre su trono eterno
un Dios jamas injusto, que qual ame
al que fué amado del humilde pue-
blo,

tal ódia los tiranos, y en su frente
derrama las venganzas justiciero.

Siven. Sí, padre mio, haré... verás...
quisiera

decirte mucho... mas Lisinga... el
cetro...

todos tus beneficios...

Leang. No te afañes,
Señor.

Siven. Señor me llamas? ah! no quiero
sino ser hijo tuyo: en este nombre
está mi gloria toda. ¿Sin el zelo
de mi caro Leango, qué sería,
qué sería de mí? Tú mi maéstro,
mi bienhechor, mi padre, en fin mi
amigo,

todo á tí te lo debo: amor, respeto,
fidelidad...

Leang. No mas, amado hijo, *le abr.*
que no puedo sufrir tan dulce afecto.
Perdoname, Señor, y si mi llanto,
y la sangre infeliz, que dí al aceto
por conservar la tuya han merecido
al que Padre llamabas algun premio,
disculpa un hombre, que impacien-
te abraza
no á su Rey, á su hijo. Pero el
tiempo

es precioso, Señor, y voy en busca de la Princesa. A Dios. *le abrazavase*

Siven. Al fin ya puedo llamar mía á Lisinga ; Qué inefable será quando lo sepa su contento!

Sale Mínteo. Amigo, escucha alguno?

Siv. Nô. *Mint.* Oh extraña disposicion del hado!

Siv. Y qué suceso es el tuyo?

Mint. Que el Principe ignorado se ha descubierto ya.

Siv. Cómo tan presto te llegó la noticia?

Mint. Y quién ha sido quien la traxo á tí?

Siv. Leango mismo.

Mint. Hubieras tú creído, que tu amigo

fuera un Monarca? *Siv.* Qué.

Mint. Que tu Mínteo fuera hija de Livanio.

Siv. Tú? *Mint.* Sí. *Siv.* Cómo...

Mint. Y para hacerte sabedor primero de una noticia tal á tí, venia, mas puesto que la sabes, ni un momento

me puedo detener : á Dios

Siv. Escucha

(que es esto cielos)! Dí, y ese secreto quien te le reveló?

Mint. Mi anciano Alsingo.

Siv. El que ignorado niño..

Mint. Yo le debo

á su engaño la vida: él me dio cuenta de mi nombre, mi agravio y nacimiento

con el mayor sigilo. A Dios.

Siv. Mas oye.

Que testimonio ha dado de que es cierto

tu agravio antiguo, el nacimiento ilustre (ro-

y en fin de que es Mínteo el herede del cetro Chino?

Mint. Todo lo atestigua (mo la lealtad del anciano. El día mes- en que sañudo un pueblo sublevado

tiró contra al Monarca el duto yerro ví el sol la vez primera. Ya tí sabes, segun nos ha contado en algun tiempo, el fiel Leango, que la airada turba entró en Palacio con furor rompiendo matando atropellando quanto hallaba.

Huyó Livanio del revelde aceso.

Pero el pueblo cruel, que penetraba por la regia mansion quizá sediento de la sangre imperial, la iba buscando de las Princesas en el blando seno. Yo tambien pereció ra, tierno niño abandonado de la tierra y Cielo, si en mis propios verdugos no se hallase,

un hombre de piedad, que padeciendo,

su corazon en las heridas mías me arrancó de sus manos, y así embuelto

en las reales ropas, que conserva en prueba de su amor, huyó encubierto

á los campos conmigo. Allí he vivido oculto baxo el nombre de Mínteo hasta que tu buen padre generoso me trasladó al honor, que de él obtengo.

tal es el testimonio de mi anciano.

Siv. Dónde estoy!) Pero al fin con qué pretexto

te lo ocultó hasta hoy?

Mint. Vacío el trono

aguardaba ocasion en que sin riesgo pudiese hablar; mas hoy en que á Leango

lo vió ofrecery en mi á su justo dueño descubrió la verdad. Oh! si tu vieras qual lo celebra el numeroso Pueblo! Pero yo me detengo y mi tardanza pudiera ocasionar con el rezelo algun tumulto. A Dios, Siveno amigo,

que subdito ó Monarca serlo ofrezco,

Siv. Oye un instante,

Mint. A Dios.

Siv. Eterno Númer,

qué es esto ? Soy *Sveraingo*, soy Si-
veno ?

dónde estoy , ó quién soy ? me en-
gaña el Padre,
ó es mi amigo traydor ? Ah ! que no
puedo

creer falaz á un Padre, ó á un ami-
go.

Mas cómo guarda un testimonio re-
gio

de mi desdicha y la ventura suya
en la veste pueril ? Sería cierto,
que pérfido Leango alimentase
mi alhagüefiaesperanza, cuyo objeto
una cruel verdad disiparía ?

Nó, que esto es imposible, no lo creo.
Yo fuí testigo, que su grande alma
desprició un Sólío augusto Templo
que no la fuerza, á la pérfidia indigna
se lo ofrecian: lo ofrecia un Pueblo,
que adora en él las glorias y virtu-
des,

que hicieron venturosos los Impe-
rios.

Mas lo guardaba para mí, que siem-
pre

fuí el primero objeto de su anhelo.
Ora Rey, ora hijo ha demostrado
un amor paternal á su Siveno;
y harto virtuoso para hacerse
una burla cruel de su tormento.

Y si mi amigo es Príncipe? *Lisinga*:
Ay ! qué será de mí si yo la pierdo?
si quando imaginaba siempre aman-
te

ofrecer á sus pies corona y cetro
la veo circuida del diadema
por una mano agena ? Ah ! yo te
cedo,

venturoso *Mintéo*, Trono y gloria;
pero no me arrebatas el consuelo
del amor de *Lisinga*, sino quieres
que muera de pesar y sentimiento.
Mas ella viene: huyamos, y no aña-
da

dolor á su dolor.

Sale Lising. Gracias al Cielo,
mi bien, que te encontré. Mi Rey

mi Esposo,
qué ya te puedo dar nombre tan
tierno

y tan lleno de amor !

Siv. Desventurada ! *ap.*
qué la diré, que no la rompa el pe-
cho

con la saeta del dolor ?

Lising. Te juro,
que no trocará el plácido contento
que gozo ahora con los mismos Dio-
ses:

hey :- mas tú, amado mio, tan in-
quieto,

tan triste con *Lisinga* ?

Siv. Oh ! Dios !

Lising. Acaso
no me amas, ingrato ?

Siv. Y cómo puedo
vivir yo sin amarte ?

Lising. Habló Leango ?

Siv. Sí.

Lising. No te dixo ya, que el Heredero
eres del sacro Sólío, y que *Lisinga*
es tu esposa ?

Siv. Tambien.

Lising. Pues á mi dueño
que le puede afligir ?

Siv. Ay ! que por siempre
nací á la desventura y al tormento.

Lising. Pero por qué, quando risueña
ofrece

su mano la fortuna con un cetro
y tu amante se llama toda tuya,
va mezclado el suspiro en los acen-
tos ?

Siv. Ni yo sé lo que soy, ni si eres mia:
yo deliro, yo sufro, yo padezco,
yo no sé :-

Lising. Habla, mi bien.

Siv. A Dios. *Lising*. Esposo.

Siv. Ah ! no me des, *Lisinga*, el nom-
bre tierno,

que el corazon cruel me despedaza.
A Dios, *Lisinga*, á Dios. Yo espi-
ro, Cielos. *vase.*

Lising. Miserá yo ! qué es esto ? sé ha
mudado ?

me aborrece quizá? pudo un momen-
to
arrancar de su alma aun la memo-
ria
de su primer amor y juramentos?
Es este el mismo hombre, que ha un
instante
mellamó suya ante mis plantas pues-
to
y me ofreció su fé jamás extinta?
Quién le trocó, que un bárbaro si-
lencio
dió por respuesta á un alma enamo-
rada,
á un alma, que buscaba su consuelo
en la felicidad de su tirano?
Quando giraban sin vagar risueños
mil delirios suaves á mis ojos
empapados en llanto placentero,
que el amor derramaba: quando
amante
volaba á tener parte en el inmenso
placer de tu ventura, cruel hombre,
indiferencia fria será el premio!
Tú me aborreces, sí, tú me abor-
recés:
Aborreceme! ah! no fue su pecho
perjuro para mí, ni el virtuoso
ejercito el engaño: quizá el Cielo
le aquejaba cruel con nuevos males,
que me quiso encubrir, ó el Trono
regio
segunda vez le arrebató inclemente.
Pero, dichosa yo, si solo pierdo
una gloria fugaz, no apetedida,
y conservo su amor como primero.
Yo lo renuncio todo y la esperanza
dellegarlo á gozar, sino el consuelo
de amar y ser amada: Númen santo,
quítame el Trono, y déxame á Si-
Siveno.

ACTO TERCERO.

Sitio solitario y umbroso del jardín
imperial y fuente á un lado. Sale Si-
vono, y despues Soldados Chinos.

Siv. Dónde estará Lisinga? en fin, oh!

Cielos!
pues que me obligas á emplear la
fuerza

por conservar un bien, que tú me diste
y que tú me arrebatas; á tu cuenta
irá mi muerte á manos de mi Pueblo,
é irá la sangre que mi espada vierta.
Pero dónde estará, que no la encuen-
tro

por Palacio á mi amable prisionera,
ni por este jardín? Graciosa fuente,
tú que viste algun día las ternesas
del amor de Lisinga y de Siveno,
tambien serás testigo á la violencia
de un raptó que asegura mi ventura.
Pero mi Tropa viene.

*Salen Comparsas Chinos, y el Soldado
que los conduce.*

Siv. Y la Princesa
amigos, dónde está? la habeis ha-
llado?

Chi. En vano hemos corrido en diligen-
cia

el Palacio Imperial en busca suya
sin perdonar la estancia mas secreta,
cumpliendo con tu amor; pero sin
duda

huyó de esta mansion, que en torno
cerca

un Pueblo armado.

Siv. Qué decis? acaso
ha roto en en su furor la Imperial
puerta

alguno de la plebe amotinada?

Chi. Né, Señor: todo yace en paz se-
rena

en el sacro interior de este recinto,
y el Pueblo ante sus muros aun res-
peta

la mansion de sus Reyes; pero acaso;
si á poco tiempo no la mira abierta,
usará de la llama, introduciendo
en ella otro Monarca.

Siv. No me inquieta
el deseo trydor, que con mi acero
presto castigaré: Lisinga bella
es ahora el objeto de mi miedo,
y es preciso buscarla y defenderla.

Amigos, si el amor, los beneficios,
si una vida al peligro siempre pue-
ta,

y quizá por salvarnos; si las palmas,
que arranqué al enemigo en la pe-
lea,

y que cifieron vuestra sien invicta,
quizá regadas con mi sangre mesma,
el día de los triunfos, pueden algo
sobre la gratitud: seguid mis huellas
en busca de Lisinga, que la suerte
me procura quitar porque yo muera.

Ch. Caudillo generoso, ya tú sabes
nuestro valor y la amistad eterna
que te juramos; guía.

Siv. Pues seguidme,
penetrando la estancia lisongera
del jardín. Cielosanto, no permitas,
que un rival mas dichoso la posea.

*Vase por la parte opuesta á la por don-
de sale Lisinga.*

Lising. Soledad deliciosa, que algun
tiempo

testigos fuiste á llantos y promesas
de mi caro Siveno; ay! cuánt en vano
busca mi alivio en tí mi dura pena!
ay! cuánt en vano regarán mis ojos
de mi primer amor las caras huellas,
que aún en tí veo impresas! Cielo
santo,

qué te hice yo jamás, que te ensan-
grientas

contra dos infelices que se aman?
ó por qué mi esperanza lisongea
con un don, que arrebatas quando
pienso.

que le voy á gozar? Ya el diadema
me ceñía la frente con mi amado,
y rayo asolador en torno vuela
que tala mi ventura fugitiva.
Me ama Siveno, ú la enemiga estre-
lla.

enagenó su corazón? mas Dioses!
qué tumulto:-

*Salen Siveno y los Chinos, que se fue-
ron con él.*

Siv. Lisinga?

Lising. Qué te altera?

qué buscas? qué me anuncian esas
armas?

Siv. A vuestra fé, Soldados, recomien-
da

el mísero Siveno en su Lisinga
la mitad de su alma. A toda priesa
conducidla á la Torre, que las aguas
del ancho rio bañan. Defendella
y vedla en su amparo. Sus pisadas
sigue, mi bien, y á tu Siveno espera,
que tornará veloz.

Lising. Caro Siveno,
y cuál nuevo peligro me rodea?
á dónde vas?

Siv. El Pueblo amotinado
inunda la Ciudad, y su violencia
pretende introducir en el Palacio
un nuevo Rey, que en su delirio
crea,

y voy á refrenarle.

Lising. Escucha: ó tente,
ó llévame contigo donde pueda,
si tú mueres, morir.

Siv. Nó, que tu riesgo,
adorada Lisinga, el mio fuera:
mi corazón temblára al solo amago
de un acero desnudo. En paz te que-
da;

vuelvo al momento.

Lising. En paz, (oh Dios!) y en tanto
vas á arrostrar la barbara fiera
de todo un Pueblo!

Siv. Nó; de este Palacio
corre feroz el vulgo á la gran puerta
y allí grita en tumulto. Yo por otra,
que al río dá donde mi gente espera,
le heriré por la espalda: los cobar-
des

poco resistirán. Mi bien, no temas.
Pero tú lloras?

Lising. Y podré sin llanto
verte correr veloz á tanta empresa?
ah Siveno!

Siv. No llores y he vencido.

Esas hermosas lágrimas penetran
mi pecho de temores; y tu amante,
que esgrimirá la espada en la pelea,
y la verá esgrimir sin miedo alguno

se desanima y afligido tiembla,
quando te vé llorar: ah! basta, basta
el dulce palpitar, que amor me cuesta.

Vase Siveno con una parte de los Soldados.

Lising. Dioses, dadle favor.

Sále Lean. Dónde, Lisinga,
con Guardias.

caminas tan turbada?

Lising. Y tú no vuelas
á socorrerle? un popular tumulto
amanezca el Palacio: la sorpresa:-

Lean. Desechá el miedo, todo está seguro.

Lising. Cómo seguro?

Lean. Ignóras, tú, que llega
el ejército Tártaro, que envia
tu generoso Padre en mi defensa,
y hácia aquí se encamina conducido
por sus nobles Caudillos?

Lising. Y si mientras
el vulgo pertinaz el Atrio inunda,
nos dará el tardo auxilio en quien
esperas
venganza y no defensa.

Lean. Mis Soldados
custodiar el Palacio y los gobierna
el valiente Minto; bien podemos
fiar las vidas á su fuerte diestra.

Lising. Luego por qué Siveno en el
peligro:-

Lean. Cómo el peligro?

Lising. Por la oculta puerta,
que dá en la orilla del undoso rio
va encontrar los reveldes?

Lean. Id apriesa,
guardias á detenerle. *Váanse los Guas-
dias.*

Lising. Andad, amigos.

Lean. Qué tanto es difícil moderar la cie-
ga

pasion de un jóven! Pero yo confío,
que tú refrenes, ó Lisinga bella,
el ímpetu ardoroso; que una Esposa
será mejor Maestra.

Lising. Ay! que no es hecha
esa felicidad para Lisinga.

Lean. Pero qué miedo tu quietud altera

ahora, que el peligro ya no existe?

Lising. Y lo podré creer? de pena en
pena

tú sabes, que las mias se eslabonan,
y que quando descubro alguna senda
para mi bien, la ocupa el hado ad-
verso,

sin dexarme alentar en la carrera
de un dolor, que me oprime, que
me sigue

y que por todas partes me rodea.
Y no habré de temer?

Lean. Nó, que no hay causa.

Bella Lisinga, tu pesar consuela;
confiate en un Padre que te ama
tanto como á Siveno, y no le creas
capaz de consolar con ilusiones
á sus mejores hijos. Ah! ¿qué fuera,
qué fuera de las lágrimas vertidas,
si no pudiese realizar la oferta
de tu ventura y la ventura suya?

Sí, tu esposo será. Pueblo, nobleza,
sacerdotes, caudillos solo aguardan
ver en su frente el cándido diadema
para besar la planta de tu amado,
y adorar en el trono á su Princesa.

Lising. ¿Pero el pueblo que pide, qué
pretende

con el acero en la rebelde diestra
y corriendo furioso?

Leang. Solicita

quizá ver á su Rey; pero la fuerza
le tornará tranquila, y las esquadras
que llegan de Tartaria... En fin mo-
dera

tu sobresalto; todo te acobarda.

Lising. Ah! qué quieres? si en lágrimas
envuelta

no conozco la dicha, sino en sombra
y el amor siempre teme.

Leang. Y siempre espera,
puedes tambien decir; pero ese tuyo
solo anuncia desgracias, y es baxeza
no creerse capaz de las venturas
de que vas á gozar.

Lising. El Cielo quiera...

Leang. Jamas el Cielo apareció mas
puro,

Leang.

ni más severo: la cruel tormenta
en amenaza está desvanecida;
llegóse al puerto en fin, Lisinga,
y se alienta.

Lising. Ah! tú me das la vida, que
perdida

creí sin mi Siveno, y aligeras
el peso que oprimía el pecho mio:
quizá que mi esperanza lisongea
una falaz imagen de ventura;
pero entretanto vive y se consuela.

**Yo me voy á la torre, y allí aguardo
á salir para el trono ó quedar muerta
Vase con los soldados de Siveno por
la izquierda.**

Leang. Esperaré el aviso de que al
templo

llegaron los llamados: mi impacien-
cia

juza un siglo el instante...

Sale Ulan. ¿A dónde, amigo,
adonde está mi hermana? Corre,
vuela,

defiendenos, huyamos.

Leang. Pero, Ulania,
de qué tanto temor? no te aver-
güenza
ese miedo importuno?

Ulan. ¿Y tú, Leango,
permaneces tranquilo, quando in-
tenta
un pueblo criminal...

Leang. Y tú, qué temes:
cerrada en el Palacio?

Ulan. Ah! que tu necia
confianza nos pierdes! Yo, yo misma
ví del atrio Imperial la entrada-
abierta.

Leang. Y las guardias?

Ulan. Ninguno se resiste,
ni ninguno desnuda en su defensa
el acero leal.

Leang. Cómo! Y Minteo
qué hace? dónde está?

Ulan. Minteo anhela
á usurpar este cetro.

Leang. Quién? Minteo?
mi siempre fiel Minteo?

Ulan. No lo creas: no es él
él guia el traidor pueblo, él le acau-
dilla.

Leango. Qué escucho! ¿y es posible
que me venda
con tal perfidia?

Ulan. Fia en aquel rostro
donde brilla el candor y la mo-
destia;
fia en su dulce voz... él viene, hu-
yamos
de su acero fatal.

Sale Mint.

Leang. Traidor, espera.

M int. ¿Contra quien esa espada...

Leang. Contra un hombre
traidor, pérfido, ingrato.

Mint. Yo!

Lising. ¿Son estas
las dulces esperanzas de mi anhelo?
¿la merced de mi llanto y de mi pena
y el fruto de mi amor? ¿De tu Mo-
narca

pretendes ocupar la silla regia
y aún no murió Leango? Alma
traidora!

No subirás al trono, sin que viertas
antes la sangre de tu antiguo padre
y de tu bienhechor: y miéntras vean
la luz del claro sol mis tristes ojos,
no cesará tu frente el diadema.

Mint. Pero escucha, Señor...

Ulan. Permite al ménos,
que se disculpe.

Leang. Y juzgas tú, que pueda
disculpase del pérfido atentado
de una traición?

Mint. Pretenden, que yo sea
el Príncipe *Svenvango*: el pueblo
clama,

y yo solo quisiera...

Leang. ¿Y tú gobiernas
las esquadras del pueblo? di, perjuro.

Ulan. Pero dejadle hablar.

Mint. Y yo quisiera,
que solo me diceses, si es que debo
oponerme ó seguir la plebe inquieta:
esto queria.

Leang.

Leang. Sí, pero conduces
un pueblo todo, abriendo á su vio-
lencia

las puertas del palacio que te fio.

Mint. Palacio está seguro, que sus
puertas

ninguno profanó: nadie me sigue
y solo vengo aquí.

Leang. Pues tú, Princesa...

Ulan. Yo ví al pueblo furioso ante la
entrada

de palacio, ví abrirla, ví por ella
y entre la multitud que entró

Minteo,
y yo corrí veloz á darte cuenta.

Mint. ¿Y tú juzgaste que tu buen
Minteo

te sería traidor, aunque la tierra
y el Cielo derramasen en su frente
con generosa mano mil diademas?

Ah! que yo no esperaba tal ultrage
de tí, Señor, y tu bondad paterna

se desmintió conmigo este momento.
¡Yo poseer un trono, sin licencia

de un padre bienhechor á quien le
debo

quanto soy, quanto valgo! No me
creas,

Señor, ingrato, y toma el cetro
augusto

que la nación humilde me presenta;
que yo á tu lado quedaré tranquilo

con que mi protector y padre seas,
adorando en *Leango* las virtudes,

que me faltan á mí y en él se en-
cuentran.

Leang. Con que...

Mint. Tú solo eres de mi dicha
y de un trono que el hado me gran-
gea

el arbitro y el dueño.

Ulan. Y no he de amarle! *Ap.*

Mint. Escucha y exámina, en fin or-
dena

del Imperio y de mí: y hasta que
hayas

decidido, Señor, para quien sea,
en rehenes del publico reposo

aquí Minteo prisionero queda,

Ulan. ¡Oh alma generosa!

Leang. Sin motivo

te culpaba, hijo mio; mas tu excelsa
virtud me excusa, y ella es tan su-
blime,

tan inaudita y noble, que supera
á mi esperanza.

Ulan. ¿Y no será Minteo
el Príncipe, Señor?

Leang. No, *Ulania* bella.

Sigueme al templo y ante el sacro
numen

te diré quienes Rey; tú del diadema
la gloria y el apoyo, tú la paga

eres de mis sudores y mis penas,
pero no mi Monarca; y sin embargo

ha llegado á tal signo la grandeza
de tu heroyca virtud, que solio y
cetro,

hijo Minteo, has encontrado en
ella. *Vase.*

Mint. Esperé, *Ulania*, que me hiciese
un trono

digno acaso de tí; pero...

Ulan. Nó creas,

que eres indigno de mi amor sin
trono,

ni que codicie dones de la estrella
quien ve brillar entí virtud y gloria.

Yo te amo, Minteo: en vano ciega
de una ilusion cruel quise ocultarlo;

que no soy insensible á tantas
pruebas

de un noble corazon como es el tuyo,
y nunca la virtud erró la senda,

que conduce al amor y que da paso
para las almas que el honor grangea.

Yo te amo, Minteo, y generosa
por quanto abarca la extendida

tierra

no trocará tu amor.

Mint. ¿Qual de los hombres

fue mas feliz que yo? *Bella Princesa*,
amor mio, mi bien...

Ulan. Vamos al templo.

Mint. Sí, mas ve tú primero por que
es fuerza,

que

que en compañía de Siveno vaya:
ve que voy en su busca; á Dios.

Ulan. Espera,
que no está en el palacio y sabe el
Cielo,

si acaso volverá: por donde riega
los jardines el rio salió armado
encontra los rebeldes.

Mint. ¡Oh imprudencia!
¡oh temerario amigo! Yo me afo
por refrenar de un pueblo la violen-
cia,

vengo prenda de paz á presentarme,
y va denuevo ante la plebe inquieta
con su riesgo á irritarla. ¿Y yo me
tardo?

¿y yo no le socorro?

Ulan. Tú me dexas,
ingrato, por Siveno?

Mint. Ulania mia,
él peligra y tú no.

Ulan. ¿Pero no es prueba
de poco amor...

Mint. De poco amor! ¡ah como
se engaña el dueño mio! Considera,
que un amigo traidor no es buen
amante,

que en el alma inocente son eternas
tan suaves pasiones, y que el Cielo
con mano amiga las enlaza en ella.

Ulan. Sí, mi bien, es verdad, corré en
su amparo,

ofrece al fin la generosa diestra
por tu mejor amigo; pero amante
guarda tu vida, si la mia aprecias.

Mint. Tú me la haces amable, y yo
te juro
de conservarme para tí.

Ulan. Pues vuela
ya corre á tu Siveno, que en el tem-
plo
mi corazon será la recompensa.

Mint. ¿Qué no executaré, si á un mis-
mo tiempo
el amor y amistad mi pecho alien-
tan?

*Vanse. Parte interior del templo Impe-
rial; altar sobre que está la estatua de*

*Confucio, y á su rededor varios disci-
pulos en actitud de recibir la doctrina
del Filósofo Chino, contenida en sus li-
bros. Leango, el Bonzo y comparsa
de Chinos.*

Leang. En fin, pueblo dichoso, llegó
el dia,

que señaló la sábia providencia,
despues de quatro lustros, en que
adores

del árbol Imperial la rama excelsa
en el agosto Solio de sus padres.

El ignorado Príncipe, que esperas
y que hará tu ventura, es mi Siveno,
y á él le debes tu amor y tu obe-
diencia.

Sacerd. Generoso, Leango si la espada
de un pueblo vengador hirió san-
grienta

las débiles gargantas de los hijos
del Monarca Livanio en edad tierna;
por qué adulas con vanas esperanzas
á tu nación humil'd e que desea
ver el cetro en tu mano y triste clama
por gozar la ventura que le niegas?
El trono es tuyo.

Leang. Basta, Sacerdote.

¿Quién ós hizo Señores del diadema
para ceñir con él agena frente?

¿Con qué quando mi mano la con-
serva

para su dueño á costa de peligros
no alcanzaré mas gloria en recom-
pensa,

que la de usurpador? Yo lo repito:
Siveno es vuestro Rey. Y tú que velas,
espíritu súblime y virtuoso.

sobre la suerte próspera ó adversa
del justiciero trono; al ara llevo
á tomar en tu nombre aquesta venda,
que te dexé en depósito, que nunca
rodeará usurpada la cabeça
de un Rey que tú no apruebas, y
que solo,

no á conseguir, á merecer anhela.
Sacerd. Pero guarda, Señor: ¿dónde
se halla

nuestro nuevo Monarca, que se aleja
de

del impaciente pueblo en el momento,

que se va á coronar?

Leang. Pasion violenta de juvenil edad le expuso incauto á los delirios de una plebe inquieta; pero ya mandé yo, que le conduzcan.

Sale el Sold. Chino.

Sold. Señor, volad conmigo á la defensa del valiente Siveno, que cercado de aceros mil, que en torno le rodean

y todos sus parciales derrotados, contra la multitud solo pelea.

Leang. ¿Y ahora vienes para darme aviso,

cobarde, del peligro en que le dexas? corramos en su amparo.

Sale Lising. Es tarde, es tarde.

Leang. Qué dices?

Lising. Qué ya ha muerto,

Leang. ¡Oh nunca sea un infortunio tal? quién lo asegura?

Lising. Estos ojos (¡ó Dios!) mi llanto y pena.

Yo en la torre (aí de mí!) le ví atrevido

correr y combatir; mas sin defesa... ¡ah que no puedo hablar!

Leang. Cielo!

Lising. De flanco

embistió á los rebeldes, que pelean en torno del palacio: se rehacen, le circundan, le hieren, le atropellan, le dexan sus amigos: él ocupa una fragil barquilla y á la inmensa multitud que le sigue, le hace rostro. Pero la turba inunda su pequeña barca, y por todas partes impelido, flechado, herido y con la faz cubierta en sangre suya y enemiga sangre, cayó al rio y murió porque yo muera.

Leang. Y por que muera yo. Tristes amigos.

todo lo hemos perdido; ya no queda ni aun la esperanza; el trono está desierto;

yo arrojé al viento qual menuda

arena

mi pena y mi sudor. Cielo inclemente!

qual es mi culpa, qual que me atormentas

dilatando una vida de amargura? Merecieron jamas tal recompensa! mi honor y mi lealtad? Príncipe caro, ah! de qué tesirvió la piedad tierna de tu vasallo y tu mejor amigo? Reusó en tu favor un diadema; prefiero en fin tu vida á la de un hijo,

á la vida de un hijo, y luego.. oh! pena!

oh dia de dolor! oh muerte! oh! muerte!

Aborrezco la luz que me rodea, la luz de maldicion cruel por siempre,

que presidió al nacerá mi existencia.

Sac. Generoso Leango, no condeno el dolor que te aflige, leal prueba de un corazon amante de sus Reyes. Tambien la China en su pesar envuelta

maldecirá por siempre el hado injusto,

que robó la esperanza lisongera de adorar en su trono el sacro ramo de la estirpe real: mas considera que tu apoyo, tú Padre de la Patria, á tí vuelve los ojos, de tí espera medicina en su mal, y si tú faltas, ay del mísero sólio á quien cruenta oriada ceñirá, manchada en sangre del ambicioso, que á ocuparle anhela. Conservanos tu vida.

Leang. Ay! de mi vida llegó el ultimo dia, ¡ni hay quien pueda hacerla grata para mí. Si ha muerto mi Rey y mi Señor como...

Sale Ulan. Oh qué nuevas, Leango, traigo!

Leang. Calla, lo sé, ha muerto. Siveno.

Ulan. Vive, vive.

Leang. Y cómo...? apenas

palpita el corazon.

Lising. Y cuál ha sido
el Dios que le ha salvado?

Ulan. La fineza
de su caro Mínteo.

Lising. Ayl tú me engañas.

Leang. Es cierto?

Ulan. Sí. Cercano á las riberas
estaba ya del caudaloso rio,
quando entre mil espadas que le
cercan

ve caer á Siveno. Pero hendiendo
la multitud, que ocupa las amenazas
márgenes, salta al rio, y en un punto
llega á su buen amigo á quien liberta
de las ondas y la ira de su Pueblo.

Leang. Ah soldados, volemós y la fu-
erza
consiga el detenerle.

Ulan. Nó: el Palacio
tiene el frente y las tropas le rodean
del exercito tártaro: Mínteo
le há sosegado, y no es el que
antes era

un pueblo sublevado sin caudillo:
solo pide á su Rey, sea el que sea

Leang. Mas dónde está Siveno?

Lising. Por qué tarda?

Ulan. Miradle con quién viene.

*Salen Siveno, Mínteo y Sequito de Sol-
dados, que trahen cubiertos en unos
azafates las vestiduras reales
de un niño.*

Leang. Ah! llega, llega,
ó tú de mí vegez honor, delicia,
precioso fruto de mi llanto y pena,
llega, ó tú mi Monarca.

Siv. Soy tu hijo.

No me ofrezcas, el cetro, no me
ofrezcas

un don, que robaría de las manos
de mi libertador y que me hiciera
ingrato para siempre. El heredero
ve aquí, ó pueblo, en Mínteo de
que pruebas
harto grandes dará.

Leang. Lee este pliego

Dandole uno que saca del pecho.
y dí, si hay prueba, que se iguale

á esta.

Siv. Quien le escribió?

Leang. Livanio padre tuyo.

Mint. Luego quién seré yo, cruel
estrella.

Lee Siveno. Pueblo, mi propio hijo
es hoy Siveno:

yo fuí testigo fiel de la nobleza

de su libertador, el virtuoso

y constante Leango, que reserva
su vida para el Trono. Yo Livanio. α
No estoy en mí! mas dime: si yo fue-
ra:-

(acercaos aquí) dime: conoces
esta manchada vestidura regia
con la sangre de un niño?

Lean. Ay Dios! qué veo?
cómo en tu mano está?

Siv. Calla: no era
la vestidura en qué *Svenvango* en-
vuelto
la muerte recibí?

Lean. Nó, no era esa.

Siv. En estas ropas no murió? pues cómo?

Lean. Como mi caro hijo estaba en ellas.

Siv. Y quién se las vistió?

Lean. Yo, que tranquilo
le ví por tí espirar, yo, que á la
diestra

de sus verdugos ofrecí su vida
por conservar tu frente al diadema.

Siv. Oh! virtud sin exemplo!

Lising. Oh alma digna!

Ulan. Oh noble corazon!

Siv. Y un hijo cuesta:-

Lean. No mas, no mas. Por qué con tal
imagen

acibarais el gozo, que enagena
al venturoso Pueblo en este día?

ó por qué me quitais la recompensa
debida á mi virtud en los placeres,
que gozaba mi alma y ya desea?

Al ver ese ropage, al ver la sangre,
sangre de un hijo! el corazon flaquea,
y baxo del dolor gime oprimido.
Ah! que veo a mi hijo entre la fie-
ra

multitud de asesinos, que me llama,

y en vez de hablar , la mano tier-
nezuela

extender á su Padre ensangrentada:
veo vibrar la espada , que atraviesa
una y mil veces su inocente pecho;
veo en fin , (oh dolor!) cómo se age-
gan

en el licor de muerte sus pupilas:-
yo lo veo y no muero á tanta pena!

Mint. Amado Padre , ah ! yo soy tu
hijo.

Lean. Qué dices ?

Mint. Que yo soy á quien lamentas.

Alsingo me salvó casi espirando
envuelto en esa ropa , y su terneza
creyó salvar al Rey : por mí te ha-
blan

las heridas que ves. Obeerva, obser-
va;

tú eres mi dulce Padre.

Lean. Sostenedme,
amigos.

*Se apoya sobre el Sacerdote , y Sive-
no despues de reconocer el pecho de
Minteo.*

Ulan. Oh ventura !

Lising. Oh Providencia !

Siv. Tú me quitas un Padre. á *Minteo,*

Mint. Pero vuelvo
al sucesor la investidura regia.

Sacer. Sí , virtuoso hijo , sí , Leango,
mas virtuoso aún: la mano eterna
de un Dios , que remunera las vir-
tudes

se extendió sobre tí. Qué recompen-
sa

mas ahagüefia para el alma grande,
que el ver que justifica su clemencia
con proteccion augusta sus desig-
nios?

Goza la gratitud de la Nobleza,
del Pueblo, del Senado, de tus Re-
yes.

Bendígate los Cielos y la tierra,
y adore humilde el hombre agrade-
cido

la imágen de virtud , que represen-
tas.

Siv. Y yo seré el primero , que veneré
este don de los Cielos, copia excelsa
de la Divinidad , Padre , Maestro
de mi primera infancia en cuya es-
cuela

á envidiar su virtud aprendí un dia.
Y tú , Minteo , cuánto me superas
en el premio , que el Cielo te guar-
daba !

Mint. Yo lo conozco , y la benigna es-
trella

me dispensa una gracia , qual ni-
guno
pudo creer llegar á merecerla.

Siv. Déxame al Padre mio , y toma el
Trono.

Leang. Hijos , amados hijos, por clemen-
cia

callad , no me apreteis , que ya no
puede

mi débil corazon contra la fuerza
del placer que lo inunda. Eternó Cielo
venga ahora la muerte , que ya vüe-
la

sobre mi blanca sien: hallé á mi hijo
y libré á mi Monarca. Qué me que-
da

ya que gozar, despues de tanta dicha
inutil peso sobre el ancha tierra?

Siv. No existe en vano el hombre vir-
tuoso.

ni se le ofrece al Dios que nos rodea
sacrificio mas grato , que de un al-
ma

que exerce su virtud á la presencia
del hombre criminal. Vive, Leango,
vive á ser el modelo donde aprenda
la justicia tu Rey. Y tú Minteo
tú, libertador mio, porque veas,
que no soy insensible al beneficio;
yo te doy mi amistad, te doy en ella
á Ulania por esposa; en fin, amigo,
para que no haya un premio, que le
exceda

al premio que te doy, Leango es
tuyo.

Sea tu Padre y mi maestro sea
quizá tú mas feliz en ser su hijo,
que

que yo en ser tu Monarca. Y tú
Princesa,
dispon de un corazon tuyo por si-
empre
y que pone á tus pies el diadema.
Leang. Yo admito el grato don, Prin-
cipe mio.

Tú sabes, si te amo y quanta pena,
quanto dolor me cuesta el amortuyo.
En fin, riyó la suerte mas serena,
sobre mis desventuras, y ya riges
un trono, que no anheló, que des-

precia
mi corazon, si tú no le ocuparas
y cefido de gloria en el te vieras.
Pero te veo en el y en él adoro
quien la virtud de mi Siveno premia.
Leang. Monarcas venturosos, si yo os
guio
al ara de la paz y la terneza
donde tranquilos bendigaismil veces
la benefica mano, que os reserva
para ser las delicias de mis años
y amor eterno de la Patria vuestra.

FIN.

*En la Libreria de Cerro, calle de Cedaceros y en su puesto calle
de Alcalá, se hallará ésta, con la coleccion de las nuevas.*

*A*migo: yo mismo ignoro el nombre, que deberé darle á mi trabajo. Porque aunque verdaderamente ni el argumento, ni el plan sean míos, ni la mayor parte de los versos no reconocen á otro por autor, que á mí solo. El celebre poeta Italiano, que sabia el dilatado intervalo, que ocupa la Música en los Melo-dramas, no pudo estenderse en lo que meramente se recita, que la traduccion de ello ocupase el tiempo, que duran regularmente nuestras Comedias. Por lo mismo me ha sido fuerza añadir un número de versos algo mayor, que el de los traducidos, inventar escenas, y crear personajes, de los quales uno es el Sacerdote, y sino me engaño, habla, tanto en el teatro como en la sociedad por la primera vez uno de su clase en el lenguaje digno de su Ministerio y de la mansedumbre de su Mision.

Los multiplicados errores de un Poeta comun quedan confundidos con sus mismas obras lexos de alterar las ideas, que de la regularidad hemos formado. Pero los de un hombre tan justamente célebre como Metastasio pueden tener una influencia de masiado extendida, y no deben mirarse con la indiferencia de los primeros. Hablando en general, la presente Opera no es la flor mas bella de la corona del Poeta. El plan es inexacto y cumplido, y complicado, y como en la mayor parte de las suyas, la duplicidad de la accion me roba el interes, que la unidad produce: y es harto extraño, que un hombre, que seguramente no era ignorante en el estudio de la naturaleza, echase en olvido que tanto en lo fisico como en lo moral, á proporcion de la extension que adquirimos, perdemos en profundidad. Pero sin duda algun motivo, que á nosotros se oculta, le obligaba á cometer tan de continuo este defecto.

Por otra parte, yo creo que Leango es el que unicamente interesa, y sobre quien debia recaer el premio. Metastasio, es cierto, que ha querido y ha sabido hacer interesante al virtuoso Leango; pero no ha satisfecho al Público en lo segundo. Por la constitucion del Drama no podia ser de otra suerte: pero la multitud, que ignora las reflexiones demasiado profundas, que deben preceder para que la satisfacion de serlo sea el unico premio del hombre virtuoso, exige otras mercedes mucho mas familiares y sensibles para los que han sabido comunicarle sus intereses y pasiones.

La peripecia ó reconocimiento de Minto se vé con tanta mas frialdad, que este es un personaje puramente accesorio, destinado unicamente, desde el principio, como de recompensa á la virtud de su leal Padre. Sus versos son tan inutiles á la accion como el objeto de ellos, Ulania, por lo mismo frios y de ningun efecto.

En fin Lisinga no es otra cosa para el Publico, que lo que es una Dama respecto á la segunda, esto es: una muger cuyo papel por lo regular es mas largo; y el Expectador no se pregunta, si Lisinga casará con Siveno, sino, ¿quien será el Rey? Estos creo, que son sus defectos en general. Pero en recompensa un dialogo noble y animado, una versificacion tan sencilla como suave y una armonia variada, que caracteriza las composiciones de su ilustre Autor, serán bastantes á reconciliarlos con él. Por desgracia, yo no habré podido quizá trasladar sus bellezas; pero tal ha sido siempre la suerte de los hombres mas dignos, y Metastasio quizá tiene mas razon, que otro alguno para quejarse de la suya.

LIBRARY
RARE BOOK
COLLECTION



THE UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T445
v.23
no.5

